



Mariano Abasolo.



MANUELA ROJAS DE TABOADA,  
ESPOSA DE ABASOLO.

I

Preciso es estudiar á la mujer en las distintas fases que presenta su interesante vida; juzgarla con el sentimiento y analizarla con la filosofía.

El heroísmo de la mujer no está sólo en las escenas públicas de este gran teatro que se llama mundo; no deben buscarse para sublimarlos, los hechos en que haya sido heroína de alguna asonada, alma de un partido, propagadora de una idea ó defensora de una causa justa ó injusta. Hay un lugar más íntimo, más oculto á las miradas de todos, y más grande que las publicidades gloriosas: el hogar.

Hé aquí el verdadero centro de la mujer, el trono de esa reina que avasalla al hombre con una mirada, y lo rinde con un suspiro.

La que no es grande en el hogar, la que no se hace respetable en ese trono, la que no hace de la vida íntima un centro de virtudes, en vano aspirará á merecer los honores de la admiración, el juicio imparcial de la historia, las bendiciones de un pueblo, de una generación ó de una familia.

Sucede generalmente en el mundo, que aquello que no deslumbra se ve con indiferencia; lo que no llama la atención se relega al olvido. La humanidad, que fácilmente se deja seducir por un acto heroico, con tal de que éste sea público, desconoce por comple-



to otros muchos que pasan en el interior de los hogares, y para los cuales no ha inventado todavía la fama una trompeta.

La mujer á quien hoy consagramos éste pequeño estudio, pertenece al género de las celebradas modestas. Su historia es sencilla: su heroísmo consiste en haber sido buena esposa y buena madre.

Para un pueblo como el espartano sería esto muy poco: para nuestras sociedades civilizadas es lo que debe ser; un tipo de virtud que imitar, un ser superior y bueno á quien bendecir.

## II

Doña Manuela de Rojas y Taboada fué la esposa de don Mariano Abasolo, uno de los primeros caudillos que secundaron la idea de la Independencia, iniciada por don Ignacio de Allende y proclamada por Hidalgo en el pueblo de Dolores.

A Abasolo es á quien menos debe la causa de la emancipación mexicana, y quien menos pruebas dió de ese valor heroico que hace á los hombres dignos de la gratitud de los pueblos. Esta conducta, que ha sido justamente censurada, la debió en gran parte á la influencia moral que en él ejercía su esposa, á las reiteradas instancias de ella para que abandonase una causa que reprobaba, no precisamente porque le fuera antipática, sino por los excesos que á su sombra se cometieron. La mujer siente y no razona. Para ella el corazón es el todo y las más veces es una mártir de sus propios sentimientos sin que por esto deje de conmoverse y de entusiasmarse ante las grandezas del patriotismo y de todos los hechos que hacen del hombre el apóstol de una doctrina ó el héroe de una cruzada.

Doña Manuela Rojas de Abasolo era joven, bella, rica, y amaba á su esposo con toda la ternura de su alma. A estas cualidades reunía una educación esmerada, un excelente corazón, y una elevación de sentimientos que no desmintió nunca, y que la hicieron llenar dignamente su tarea de esposa, así en los días felices del hogar como en los tristes del destierro á que su marido fué con-

denado. Pero si estas virtudes la hacen acreedora al respeto y á las consideraciones sociales, la caridad, que era el distintivo de su carácter, la coloca entre las mujeres de quienes habla Salomón, diciendo: "Donde no está la mujer, gime el enfermo."

Aquella magnánima señora era madre de los pobres: invertía una parte de su capital en socorrer con desprendimiento á los necesitados, y su noble corazón jamás estuvo cerrado para ejercitar el bien entre sus semejantes.

En 1811, cuando la guerra de represalias entre independientes y realistas era verdaderamente sanguinaria y cruel, varios pueblos, entre ellos Dolores y San Felipe, fueron ocupados por partidas insurrectas que fusilaron á Montemayor y á otros realistas. En los momentos en que algunos de estos desgraciados eran arrastrados al suplicio, la señora de Abasolo, sin temor á los desórdenes, sin miedo, y sin más escudo que su caridad, acudió al jefe insurrecto, y dándole cantidades crecidas de dinero, logró salvar la vida á don José Mariaro Ferrer y á otros inocentes vecinos que iban á hacer sacrificados, no á la noble idea de la Independencia, sino al encono de media docena de cabezallas sin prestigio y sin corazón.

Este hecho se lee en la "Gaceta" de 30 de Enero de 1812, parte dado al Gobierno por Guizarnótegui.

Quando don Mariano Abasolo abrazó la causa de la Independencia y siguió las huestes acaudilladas por Hidalgo y Allende, acababa de ser padre de un hermoso niño que era el encanto de su hogar dichoso, pero al que tuvo que abandonar sin atender á las lágrimas de su tierna consorte, que pedía para su hijo la vida del que le había dado el sér.

El amor de aquéllos dos ángeles no detuvo al joven capitán, y partió, dejando á su esposa en el más hondo desconsuelo. Sin embargo, se sobrepuso á él; fué lo que todas las mujeres de corazón: una heroína del cariño.

Las tempestades políticas son casi siempre para los que toman parte en ellas directa ó indirectamente, un crisol, un Calvario



á donde los conduce el patriotismo ó la injusticia. Las grandes situaciones, al amontonar sus devastadores "nimbus" sobre los pueblos, y deshacerse después en terribles huracanes, arrastran en pos de sí lo mismo al culpable que al inocente, lo mismo al grande que al pequeño. La señora de Abasolo no aprobó en un principio el que su esposo tomara parte en la revolución de la Independencia, sino porque era esposa y era madre.

Y porque con su instinto de mujer comprendía las penalidades que se le esperaban, no sólo á su familia sino á la nación entera. Ella no desaprobaba la idea sino la forma, y algunos fragmentos de sus cartas, que copiaremos en su lugar, se desprende la justa opinión que en vista de los hechos había formado de la campaña.

### III

El tiempo había transcurrido lento, triste y lleno de inquietudes para la tierna esposa que contaba los instantes por los latidos de su corazón, sin encontrar la manera de acercarse á su esposo, ó al menos de escribirle, pues en aquella época en que el servicio postal adolecía de muchos defectos, los cuales agravaban el estado de desorden en que había puesto toda la revolución, tenía que conformarse con las vagas noticias que circulaban acerca de los insurrectos, y darlas por ciertas fuesen buenas ó malas.

Resuelta la buena señora á arrostrarlo todo por su esposo, y habiendo palpado todas las crueldades que á la sombra de la Independencia se cometían, se trasladó á San Luis Potosí después de asegurarse de que las poblaciones principales del interior estaban por los caudillos independientes.

La señora de Abasolo emprendió, pues, su marcha, acompañada de algunos fieles servidores, y una vez en San Luis, trató, por cuantos medios estuvieron á su alcance, de hacer que su esposo se retirase de las fuerzas independientes, yéndose al Extranjero, á donde ella iría á reunirse con él; y para decidirlo empleó la elocuencia que la mujer tiene y á la cual pocos pueden resistir. Las

cartas escritas á Abasolo demuestran patriotismo, amor y caridad. En la causa formada al caudillo, figuran dos, de las que trascribimos en seguida los párrafos más interesantes:

"San Luis Potosí.—Queridísimo hijo mío: con grandísimos trabajos he llegado hasta aquí en busca tuya y de mi hermano, con el destino de que se retiren del ejército; y si pueden, váyanse, por Dios, á los Estados Unidos: yo veré después cómo los sigo porque esto anda muy malo con las cosas que han hecho, que á no ser por esto, ya se hubieran salido con la empresa, (1) pero en semejantes iniquidades de degollar á sangre fría á muchos inocentes, ¿cómo Dios ha de proteger? Esto es imposible; vergüenza es oír el valor de los de ese ejército, que en viendo gente armada echan á correr, y á los rendidos que se vienen á entregar, sácanlos á degollar con tanta lástima ¡qué vileza! y lo peor es que uno lo hace y todos lo pagan. (2) Por Dios te pido y por lo que más ames que será tu hijo, que no sigas en esto, ni Pedrillo (alude á su hermano) aunque veas las cosas muy placenteras; por María Santísima y por vida mía te pido (si es que me quieres) que te vayas á los Estados Unidos, y no vengas á estas cosas."

Hablando más adelante acerca de los excesos cometidos por algunas tropas de Hidalgo, decía:

"Dí tú si habrá quien quiera seguir su partido, que se ha hecho afrentoso y á todos nos ha hecho infelices, y tú me harás mucho más si no haces lo que te digo; te retirarás ó te vas, pues es el único consuelo que le queda en tanta pena á tu infeliz esposa.—Manuela."

Los anteriores fragmentos ponen de relieve los sentimientos nobles que animaban

(1) Las últimas palabras demuestran su amor á la Independencia, pero su reprobación á los medios empleados para conseguirla.

(2) Doloroso es confesarlo, pero es la verdad; sin embargo las convulsiones políticas hacen cometer mil desaciertos y hay que atender las causas y épocas.



el corazón de la señora de Abasolo, y son á la vez que un grito del alma, una censura, hija del carácter conciliador de la mujer sensata, para quien la sangre justa ó injustamente vertida, es un crimen ó un motivo de horror. La mujer no cree que sea preciso que los hombres se destrocen entre sí para hacerse grandes; y si muchas veces tienen que conformarse con que así sea, lo hacen violentando sus sentimientos. Es verdad que ha habido mujeres que han tomado parte activa en las guerras y han sido verdaderas heroínas en los campos de batalla y en la defensa de sus hogares; pero también lo es que en ellas es raro lo que en los hombres es común, el valor físico.

En medio de la angustia á que estaba sujeta la señora de Abasolo, y no obstante su repugnancia hacia las violencias empleadas en la guerra, revelaba la alta estima en que tenía la noble causa de la Independencia, y el propio honor de sus defensores. En la otra carta de ella, que tenemos á la vista, decía á su esposo:

“Lo mejor es que si se puede, se vayan á otro reino hasta ver allí el fin de esto, y no te vuelvas á meter en nada, pues con las iniquidades que ha hecho el Cura, (1) á todos nos ha perdido y es cosa espantosa el seguirlo, y más bien elegí el morir cuando no hubiera otro recurso, que no seguir un partido que han hecho tan afrentoso. (2) Esta es la felicidad tan decantada de América, y hubiera sido tal vez, (3) cuando no hubieran cometido tantos excesos, que siquiera por buena política debían haberlos evitado, para no haberse atraído el odio de los mismos criollos, pues al fin no todos tienen corazones inhumanos. Entrégale esa esquila al hijo de Allende, de doña Micaela. Pásalo bien, hijito, y haz lo que te digo, pues

(1) Así llamaban á Hidalgo.

(2) No es éste lugar de discutir si la señora de Abasolo tenía razón; sólo diremos que llegó un tiempo en que los mismos independientes culpaban á Hidalgo de muchas cosas.

(3) Estas frases revelan el verdadero patriotismo.

antes no me hubiera hecho el que hubieras muerto en la acción, pero no con afrenta.  
(\* ) adiós, hijito, tu Manuela.”

## IV

A pesar de todas éstas instancias, no logró la señora de Abasolo sus deseos, y su esposo siguió la marcha hasta Acatita de Baján, á donde en unión de los demás caudillos que seguían á Hidalgo, fué capturado por las tropas realistas. Esta nueva situación fué un golpe mortal para aquella esposa amante que creía ya en medio de sus terrores ver levantarse un patíbulo, y en él perecer al padre de su hijo.

Hay que convenir en que Abasolo, fue egoísta, y no supo colocarse á la altura de su carácter. La historia lo ha juzgado ya, y sólo nos queda el derecho de narrar y no de condenar ó absolver, pues á la luz de la filosofía que analiza, los hombres no han nacido todos para héroes, ni para pensar de la misma manera unos que otros. Sin embargo, expió su imprudencia y su demasiado amor á la vida, pues fué procesado y desterrado de su patria, confinándolo al Castillo de Santa Catalina de Cádiz, en donde murió.

Su noble esposa, después de todos los tormentos á que durante el proceso estuvo sujeta por la más cruel incertidumbre, se creyó feliz con verlo salvado de la muerte, y gustosa se dispuso á seguirlo á España. Allá, bajo los sombríos muros de un Castillo, cuyas puertas no debían abrirse jamás para uno de los cuatro primeros caudillos que proclamaron la Independencia Mexicana, la esposa se convirtió también en prisionera, en ángel de consuelo para humedecer con miel los labios descoloridos del desterrado y fortalecer su corazón con el ejemplo de la virtud. Entre los dos estaba su hijo: si no respiraban el libre y perfumado ambiente de la patria, respiraban auras de amor, que convertían el reducido cuarto de una prisión en santuario de esas mil ternezas que no pueden explicarse sino cuando se han sentido.

(\* ) Noble rasgo de la mujer que estima el honor de su marido.



El mundo para ellos estaba allí, como lo estaba Dios, á quien bendecían por haberles permitido siquiera la felicidad de estar reunidos.

Abasolo murió, como hemos dicho, en el destierro, y su noble esposa regresó á su patria después de cumplir los últimos deberes que demandaba su posición. Una vez en México, se retiró á sus fincas, y allí, dedicada con más ardor que nunca á la caridad, siguió siendo modelo de madres, como lo había sido de esposas. Ella misma educó á su hijo único, don Rafael, cuya infancia fue tan azarosa, y no le permitió que se mezclase en la política, cuando estuvo en edad de poder hacerlo. Para aquella virtuosa mujer el todo de la vida era la paz del hogar y la satisfacción grata de ser útil á sus semejantes.

ANTONIO DE P. MORENO.



### TOMASA ESTEVES Y SALAS.

#### I.

Cabe la margen derecha del caudaloso Lerma se asienta apacible la antigua Villa de Salamanca, hoy ciudad floreciente del Estado de Guanajuato. La tradicional quietud de sus pacíficos moradores se había trocado, de improviso, en esa mezcla indefinible de regocijo y de temor que sobrecoge al espíritu cuando se presenta á nuestra vista una nueva é inesperada perspectiva, nuncio de felicidad, pero presagio también de tormentos y de sacrificios, á cuya costa sólo nos es dado obtener el bienestar.

El sacudimiento que conmovió al país, pero con especialidad á estas regiones, al esparcirse en ondas sonoras la voz del valeroso Hidalgo, proclamando la Independencia de México, tenía suspensos los ánimos é inquieto el corazón, y había despertado en todos el sentimiento de la dignidad, ese noble impulso del alma que coloca á cada quien en su puesto, enderezándolo al cumplimiento de su deber, sin previos preceptos ni reglas concretas y sean cuales fuesen las consecuencias.

A los transportes de júbilo que producía cada nueva por los triunfos que alcanzaban las huestes insurgentes, se sucedía el sobresalto por los vejámenes que esperaban todos de la barbarie realista, convencidos, como se hallaban los mexicanos, de que por el terror pretendía imponerse la opinión



virreinal; y ese cambio brusco de perspectiva, y esas emociones violentas al despertar á una nueva vida, y esos justos anhelos de independencia innatos en el sér humano, que, roto el dique que los contenía, se manifestaban ya sin embozo, produjeron en el pueblo, como fuerza resultante, el vivo sentimiento del propio valer.

Transformado así el carácter del esclavo, á la sola mágica voz del Cura-caudillo que le abrió ante su vista el ancho horizonte de la libertad, ¿qué mucho que cada mexicano se sintiera un héroe, cuando sabía que era necesario el sacrificio para reconquistar ese don natural que le arrebatara la tiranía?

Por eso en aquel entonces el heroísmo era vulgar, y ningún esfuerzo, por supremo que se le suponga, se consideraba entre los demás como un acto extraordinario; y esa convicción, infiltrada en las masas, desde el anciano hasta el niño, y tanto en el hombre como en la mujer, fué el semillero de héroes ignorados que, por múltiples y humildes, aún la Historia no acaba de recogerlos en sus fastos gloriosos.

## II.

Un día, un día aciago para la apacible Salamanca, corre de boca en boca la fatal noticia de la aproximación de fuerzas realistas; sobrecogidos de terror los pacíficos moradores de la Villa, se reducen á sus habitaciones, y plazas y calles quedaron desiertas. A poco, el redoblar de los tambores, y después el monótono y sordo marchar acompasado de los soldados, fué el único ruido que se dejó oír en aquellos contornos, apercibiéndose bien pronto el Jefe de la fuerza de que no era, por cierto, afable y cordial la recepción que les hiciera el pueblo. En esto, dos soldados que ven abierta una puerta se desprenden furtivamente de las filas y penetran á la habitación cuya entrada les franqueaba, sin obstáculo, aquella puerta; se encuentran sólo á la señora de la casa, que esperaba el regreso de su esposo ausente, y le suplicaron, con el mayor encarecimiento, los ocultase y no los

delatara. Ella asintió, gozosa de prestar un buen servicio á hombres forzados á pelear contra sus convicciones y contra sus propios hermanos, y los dos desertores quedaron ocultos bajo su salvaguardia.

La tropa se acuarteló, y rendidos los partes respectivos al Coronel Flon, que mandaba en jefe, se le dió conocimiento de la desertión de los dos soldados, habiendo averiguado después que éstos se ocultaron en la casa humilde, pero honrada de Tomasita Esteves y Salas, dama virtuosa perteneciente á la clase media y muy estimada en la población por sus relevantes prendas. Fueron aprehendidos los tres y llevados á la presencia del sanguinario Flon: éste los increpa con la dureza propia de un cobarde, y sin detener su osada lengua ante la actitud humilde, pero imponente, de la honrada joven, por demás hermosa, después de insultarlos con burdos improperios, condenó á los tres ¡á ser pasados por las armas!

Inmediatamente fueron puestos en capilla, dando principio, desde luego, á los preparativos de regla en aquella época para la verificación de los fusilamientos, preparativos que duraban tres largos y angustiosos días de penoso sufrir. Entretanto, la sociedad entera de Salamanca, intensamente conmovida por la condena infame y ardentemente interesada por la vida de una dama que consideraba como su mejor ornato, puso en juego todas las influencias que estimó más eficaces y movió cuantos resortes tuvo á su alcance, sin que bastara al crue y despiadado Flon ni aun la espontánea presentación del esposo de la víctima, ofreciéndose en lugar de ésta para que fuera ejecutado, pues la orden feroz quedó en pie.

Por fin, salen de la capilla, conducidos entre filas hacia la plaza principal del lugar, sitio público designado para la ejecución, los dos desertores y la joven inocente. Aquéllos necesitaron del apoyo de dos hombres que los levantaban en brazos, y ésta, á pie firme y con los ojos enjutos, marchó serena al cadalso. Puestos en frente de los respectivos pelotones y colocada Tomasita en medio de sus compañeros de in-



fortunio, observó ésta que soplaba el viento haciendo que ondulase su vestido; entonces pidió, por favor, que le facilitaran unos alfileres, con los cuales se prendió la falda; en seguida se arrodilló con humildad; suplicó que no se le hiriese la cara, y, levantando radiosa su frente purísima hacia el cielo, recibió la descarga que tronchó la vida de una heroína!

## III.

Pero para Flon no fué suficiente la injusticia ni bastante la crueldad; faltaba aún el escarnio: las tres cabezas de los fusilados fueron separadas de sus troncos y, colocadas en las puntas de unas vigas, se exhibieron al público, llamando entonces la atención, por su hermosura, la flotante cabellera de aquella heroína del valor y de la virtud.

A la víctima le sobrevivió su madre, y ésta, con el mismo temple de las almas grandes, cuya grandeza engendrara en su hija, acompañada, como se hallaba en su casa, de todas sus numerosas amistades, oyó las detonaciones que cortaron la vida de la inocente y de sus compañeros, y, sin derramar una lágrima, dijo:

—“Ahora sí, ya es tiempo de elevar á Dios nuestras oraciones.”

Todos se arrodillaron reverentes y ella entonó la primera plegaria.



## LA MAGNANIMIDAD DE BRAVO.

## I.

Las fuerzas independientes acudilladas por Don José María Morelos, contaban entre sus jefes hombres de gran valor, de notable actividad y de ideas enteramente conformes con el espíritu de los que iniciaron la obra de la Independencia mexicana.

Los nombres de Morelos, Matamoros, Rayón, Galeana, Bravo y otros no menos ilustres, eran repetidos con entusiasmo, con veneración y con cariño, por todos los que comprendían cuánto valen los sacrificios de un patriota que sin grandes elementos, sin medir el peligro, y con la fe de una noble causa, conquistan en los combates un nombre imperecedero, una gloria legítima y los sublimes cantos de la epopeya. Pero sin rebajar en lo más mínimo el abnegado valor de los caudillos que militaban á las ordenes de Morelos, preciso es enaltecer como merecen el nombre y los generosos hechos de Don Nicolás Bravo.

¿Quién de la presente generación no ha oído pronunciar con respeto aquel nombre ilustre?

¿Quién no ha escuchado dentro del hogar mismo las interesantes narraciones de su vida militar, su apostura, su juventud, su valor; pero, más que todo, sus generosos sentimientos?

En la cruenta lucha de 11 años, tan llena de interesantes episodios, no hay en noble-